

más su primado espiritual. Suplicadle calme las ondas que se agitan en torno á la barquilla de San Pedro y parece que van á sumergirla. Combatid, ya que no con la espada, al menos con oraciones por la Iglesia militante; así podréis gozar en el cielo de las recompensas de la Iglesia triunfante.



SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA DE LA CASA DE EJERCICIOS DE SILAO, EL DÍA
DE LA DEDICACIÓN DE LA MISMA, 10 DE NOVIEMBRE DE 1867,
FIESTA DEL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.



Complexit Salomon domum Domini et domum regis, et omnia quæ disposuerat in corde suo ut faceret in domo Domini et in domo sua, et prosperatus est.

Acabó Salomón la Casa del Señor y la casa del Rey, y todo lo que había propuesto en su corazón hacer en la Casa del Señor y en su casa, y fué prosperado.—2. Paralíp. VII. 11.

FÁCILMENTE concebimos, Señores, el gozo inefable del Rey Salomón, al ver concluido el suntuoso templo y el palacio magnífico, que inmortalizaron su nombre. Siete largos años habían pasado desde que se echaron los cimientos de la Casa del Señor; otros trece habían trascurrido desde la solemne dedicación del vastísimo templo, cuando el Rey Pacífico vió por fin realizados los deseos todos de su corazón, y escuchó de los labios de Jehová la confirmación de las

divinas promesas que se dignara hacerle el día memorable en que fué coronado Rey de Israel.

Nuestra alma se extasía al repasar en los Libros Santos la descripción de estos soberbios edificios, sin rival en la tierra. Las colosales dimensiones de sus gigantes cas bóvedas, la cantidad fabulosa de oro y pedrería que decoraban sus marmóreas paredes, el inmenso número de obreros que trabajaron en su construcción, todo nos llena de asombro; y cuando llega por fin el día de las fiestas celebradas para dedicar el templo de Dios, nos unimos en espíritu á la multitud inmensa de Israelitas que acudiera de todas partes á la solemnidad, y cantamos con ella las misericordias del Señor. Grandioso fué, en verdad, el espectáculo que ofrecieron las ciento cuarenta mil víctimas inmoladas por los sacerdotes y levitas, y consumidas por la llama del fuego divino, que desde el cielo envió Jehová en señal del agrado con que aceptaba esos sacrificios, y como prenda segura de que habitaría para siempre aquella morada que acababa de llenar con su majestad. Inefable fué el júbilo del sabio monarca, al ver terminada la mansión del Señor; muy más intenso fué su gozo al ver también concluido su regio alcázar, habiéndolo bendecido el Señor en cuanto había deseado y emprendido.

Bien lo sabéis, Señores: no era el antiguo Testamento sino débil figura del Nuevo; no era lo acaecido en la ley de terror sino sombra de los acontecimientos que se preparaban en la ley de gracia; no era el suntuoso templo de Salomón más que tipo de los templos cristianos, en que se inmola el Cordero sin mancha, en que Dios habita real y verdaderamente bajo los accidentes euca-

rísticos; en que no se encierran las Tablas de la Ley, sino el Dador y Autor de esa ley sagrada. Los solemnes ritos de la dedicación del templo de Jerusalén deben ser, por consiguiente, el modelo de nuestras fiestas; y el gozo que animara al Rey Salomón, grande, intenso, inefable como era, no ha de igualar siquiera al santo júbilo que llene el corazón del sacerdote de Cristo que ha levantado desde los cimientos el templo en que hoy por primera vez se celebran los divinos misterios, y el alcázar en que ha de morar por la gracia el Rey de la gloria. Sacerdotes y levitas, devotos fieles que habéis concurrido desde lejanas tierras á presenciar este acto solemne, á vosotros toca imitar á la turba de piadosos Israelitas, y al són de los sagrados órganos, entonar himnos de gracias á Dios porque se ha dignado habitar entre nosotros, y porque nos ha dado una nueva prueba de que jamás nos faltará su infinita misericordia.

Hay, empero, una gran diferencia entre el regocijo que hoy nos anima, y el que alentara á Salomón. Este gran rey al terminar el templo y su propio palacio, veía coronadas sus empresas con el éxito más feliz y completo: cuanto había concebido su sabiduría lo había realizado su poder; ya no le restaba que emprender ni en la Casa de Dios ni en el regio alcázar; todo lo que se había propuesto hacer lo había llevado á cabo con prosperidad. *Complevit omnia quæ disposuerat in corde suo ut faceret, et prosperatus est.* No puede afirmar otro tanto el que edifica una iglesia cristiana; mucho menos pretendería asegurarlo el que construye un asceterio cual el que veis elevarse al lado de este nuevo santuario. La casa material del Señor está terminada; se ha concluido la morada

en que el Dios de las misericordias ha de bajar á escuchar nuestras plegarias, y es justo que la alegría rebose en nuestros corazones. Pero el templo místico del Señor, la verdadera Casa de Dios, que somos nosotros, aún no está edificada. Estas bóvedas que nos cubren, estas paredes que nos abrigan, no son ni siquiera los cimientos del colosal edificio de nuestra santificación. Estos altares á cuyos piés nos hemos hoy postrado por la vez primera, esta cátedra de la verdad en que jamás habia resonado la palabra divina, pueden apenas compararse á las canteras de mármol de que se han de formar los sólidos fundamentos de nuestra fé; á las minas de oro purísimo de caridad que han de adornar las paredes de nuestro edificio; al mar de que han de salir las ricas perlas de virtudes que han de resplandecer en nuestras almas.

Día es este, por tanto, de inmenso regocijo, al par que de preparación para nuevos y mas penosos trabajos: *edificatio habet laborem, dedicatio exultationem*. Justo es que la dedicación del nuevo templo llene nuestras almas de gozo sublime, como dice San Agustín; pero también es menester que nos aprestemos con valor y fortaleza, á la empresa grandiosa de construir el edificio espiritual que hemos de formar nosotros mismos. Tal será el asunto de mi discurso.

Exponeros los motivos que tenemos para regocijarnos porque el Señor ha suscitado varones de piedad y constancia, que en estos días aciagos, en vez de derribar los templos del Señor, le han erigido esta nueva morada; hé aquí lo que llenará la primera parte.

Haceros algunas breves reflexiones sobre la necesi-

dad de edificar el templo místico de Dios, indicaros los medios de llevar á cabo su construcción; tal será el objeto de la segunda parte.

¡Virgen inmaculada, especial protectora y patrona nuestra! Solemne es el testimonio que hoy nos das de tu señalado patrocinio, permitiendo que en este día se inaugure la casa de tu Hijo Divino. Un nuevo favor te pedimos, suplicándote que le alcances á este tu indigno siervo, la gracia de que dignamente celebre tus glorias; de que mueva eficazmente á este pueblo piadoso, á amar el decoro de la casa de Dios.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Grande era la aflicción del Rey David al ver que, mientras él habitaba en dorados alcázares, el Señor no poseía una morada digna sobre la tierra. Sus esfuerzos se dirigieron desde luego á edificarle un suntuoso templo; pero tuvo el desconsuelo de escuchar de los labios de Jehová el triste anuncio de que no le sería dado llevar á cabo sus piadosos designios. No serás tú quien edifique mi Casa, le dijo, porque eres hombre de guerra y has derramado sangre: Salomón tu hijo edificará mi Casa y mis atrios, porque me lo he escogido por hijo, y yo seré á él por padre. *Salomon filius tuus ædificabit domum meam et atria mea.* (I PARAL. XXVIII.)

Considerad, Señores, el gran misterio que encierran estas divinas palabras. Sublime empresa debe ser, en verdad, la construcción de la Casa del Señor, cuando para ello se requiere la vocación especial del Dios de las misericordias. David, escogido entre todos los de la casa de su padre para ser rey de Israel; David, salvado

milagrosamente mil y mil veces de las garras de sus enemigos; David, conducido por la mano de Dios de victoria en victoria hasta la ciudad santa de Jerusalén; David, admitido á participar de los secretos celestes; David, que tenía ya acopiados inmensos tesoros para la fabricación del sagrado edificio que proyectara; David, el rey santo, el inspirado profeta, es juzgado indigno de poner siquiera la primera piedra de la morada del Dios Omnipotente.

Salomón, uno de los más mozos y más inexpertos de los muchos hijos con que Dios había bendecido á su siervo David, es el designado para llevar á cabo este gigantesco proyecto. Salomón, que aún no había cumplido su año vigésimo; Salomón, tiernecillo todavía como lo apellida la Escritura, *adhuc puerum et tenellum*, es el llamado á levantar desde los cimientos el soberbio recinto que la Majestad del Señor vendrá á llenar con su temida presencia. Gratuita fué en verdad su vocación, y digna de que admiremos en ella á la Providencia Divina, que escoge á los débiles para confundir á los fuertes, y llama á los pequeñuelos para que le sirvan de instrumento en sus más gloriosos designios.

Pero suntuoso y espléndido como era el templo de Jerusalén, ¿qué es en comparación de la ermita más miserable erigida por los cristianos? Esos pórticos, esas columnas de mármol de Paros, esas paredes forradas todas con láminas de plata, esas planchas riquísimas de oro de Ofir, primorosamente cinceladas, que cubrían el terrible recinto del *Sancta Sanctorum*, no eran al fin sino el palacio en que había de residir el arca del Testamento, que encerraba las Tablas de la Ley. El mar inmenso de bron-